

OCTUBRE 2014

HOMILÍAS

## APERTURA DEL AÑO TERESIANO

### S. I. Catedral Primada, 28 de octubre

“El 28 de marzo de 1515 nació en Ávila una niña que con el tiempo sería conocida como Santa Teresa de Jesús”. De este modo comienza el mensaje que el Santo Padre ha enviado al Obispo de Ávila, al comenzar el quinto centenario del nacimiento de la que llegaría más tarde, en 1569 a Toledo para fundar un nuevo monasterio (su quinta fundación). Muchas fueron las veces que la Santa visitó Toledo y su llegada no pasaba desapercibida; bien al contrario. He aquí un comentario de la época: “¡Válgame Dios! ¿Qué es esto? Que en Toledo entran cada día tan grandes señores y no se hace caso de ellos, y que entre una pobrecita monja y por escondida que sea, andan por todo Toledo de unos a otros diciendo: *Ya es venida Teresa de Jesús*”. Ya es venida y aquí está, porque es mujer grande, santa y Doctora de la Iglesia.

En este domingo, fiesta primordial de los cristianos, la Santa Misa se colorea con la memoria de esta insigne fundadora, dando gracias a Dios por el don de esta mujer, Santa Teresa. La lectura de sus obras, algunas escritas en Toledo o, al menos, comenzadas, nos permiten recibir una enseñanza a nosotros, hombres y mujeres católicos del siglo XXI. “En la escuela de la santa andariega aprendemos a ser peregrinos (...) Ella entendió su vida como camino de perfección por el que Dios nos conduce, morada tras morada, hasta Él y, al mismo tiempo, lo pone en marcha hacia los hombres” (Papa Francisco, Carta al Obispo de Ávila).

Sabemos bien, hermanos, que Santa Teresa, después de un prolongado periodo de tibieza, comienza su “conversión” –acaecida en 1554-, una intensa vida mística en contacto con Cristo, pero que desemboca en un intenso deseo de servir a la Iglesia de su tiempo, lacerada por la Reforma protestante. A fin de contribuir a la renovación de la Iglesia con la oración y la vida perfecta, fundó en Ávila la primera casa de la Reforma teresiana.

El capítulo 8 de la carta a los Romanos, totalmente invadido por la presencia del Espíritu Santo en la vida de los discípulos de Cristo, ha sido definido como el capítulo de los contemplativos. Es muy apropiado para hablar un poco de santa Teresa, de su figura humana, cristiana y eclesial. En efecto, el Espíritu Santo derramado en el corazón de los creyentes es el motor de la esperanza de toda la creación de los hijos de Dios, en cuanto que es en la vida cristiana donde se experimenta, al mismo tiempo, la salvación alcanzada ahora y la esperanza de la redención final del cuerpo y del cosmos. El Espíritu Santo es como esa punta de diamante, fortísimo, que toca las fibras más íntimas de la persona humana, y hace brotar la oración y la intercesión más profunda. Él es el que mejor entiende nuestros deseos y necesidades.

Aquí está el secreto de santa Teresa: dejar que el Espíritu actúe en ella, “estar del todo rendida” al amor de Cristo, dice ella. Una mujer o un hombre que deja actuar a Cristo en su vida son un peligro, pero un peligro buenísimo. Y si se ponen a orar y a actuar, son como un terremoto. No sólo llegan a la meta de la perfección y cruza el umbral de las diferentes moradas, sino que, al llegar a la fuente de agua viva de la vida divina, esa agua llega también a los demás. Y es el Espíritu el agua viva que brota de lo íntimo del corazón del creyente y dilata su capacidad de orar, servir y amar (cf. *Castillo interior*, Moradas cuartas, cap. 2).

Hay que decir, hermanos, que la vida contemplativa a la que todos estamos invitados, no nace en santa Teresa de categorías filosóficas, sino de la sencilla apertura suya a la obra de la gracia de Cristo. Y es que todos estamos hechos para algo grande e infinito y no para ese horizonte chato que nos presenta la cultura dominante de hoy. Y eso se puede realizar, no es una utopía, y así ser nosotros colmados. Y hay que presentar este horizonte a los adolescentes y jóvenes. Esa actitud frente a Dios es fundamental en la vida de santa Teresa; de ella brota el señorío de Dios en su vida que la hace grande y maestra. El Señor siempre nos sobrepasa; Él es el único dueño de nuestra persona y de toda nuestra vida: esto es una constante en la vida de santa Teresa.

Además de eso, en la Santa el primado de Dios en dimensión contemplativa, en una experiencia absolutamente femenina, caracteriza su actitud ante el Señor; Teresa está hecha para Él. Por eso no se siente frente a Dios ni atemorizada ni incómoda, aunque sabe que es el Señor de la gloria. Trata con Él con una gran libertad: “¡Oh Creador mío!, cuando estabais en la tierra, lejos de sentir desprecio por las mujeres, hasta buscasteis favorecerlas con gran benevolencia...”. Está segura de que Dios acoge y ama a las mujeres y de que Cristo les concede ampliamente ese amor. Para afirmarlo, pone el ejemplo de la Virgen, a la que Dios eligió como Madre; el de las pecadoras

a las que Jesús perdonó, el de la amistad que sentía hacia Marta y María. Éstos son los argumentos de los que se sirve para sentirse a sus anchas con el Señor.

Lo más grande de la peripecia histórica de santa Teresa es el testimonio que ella nos ha dejado de su vida en sus escritos. Es que no pierden frescura, porque son verdaderos y transparentes. En el libro de la *Vida*, como en una confesión hecha ante toda la Iglesia, nos hace recorrer las etapas de su existencia: una infancia precoz desde el punto de vista religioso, una juventud vivida en crisis, su recuperación vocacional a los 20 años, seguida de una experiencia de vida religiosa entre altos y bajos, hasta su “conversión” definitiva casi a los 40 años. Es el lento proceder de una historia de salvación que, desde el límite del pecado, se desarrolla en una conversión sincera y total, a una *determinada determinación*, en una opción total y definitiva por el Señor, que deja espacio a una experiencia mística en la que Dios obra maravillas en ella.

¿Es posible esto mismo para nosotros, que somos del montón? Sin duda alguna. Es posible y necesario, aunque cada uno de nosotros seamos de esta o aquella manera. Los dones de Dios en Cristo son para todos. Podremos o no llegar a la profunda experiencia de santa Teresa, pero experiencia de Dios y vida de apertura a Él y gozo de sus dones se nos da a todos, si lo aceptamos, claro está. Lo que ocurre es que no nos lo creemos y jugamos a ser mediocres, porque eso se lleva hoy, y a no buscar horizontes grandes.

Santa Teresa es testigo, en efecto, del trabajo mismo que supone la transformación de una persona, del deseo de salvación, del efectivo cambio de vida, de la gracia del Espíritu Santo que la penetra y la conduce a una intensa experiencia de las más grandes verdades de nuestra fe: la gracia de la iluminación interior, de la transformación, de la presencia de Dios, de la fuerza de la Palabra de Dios y de los sacramentos, la revelación de Cristo, el Resucitado, en su santa humanidad, la efusión del Espíritu Santo y de sus dones. Toda esta experiencia de vida cristiana la necesitamos urgentemente, es necesaria para que se renueve la Iglesia.

Es verdad que en santa Teresa esta vivencia de fe es coronada, a partir de la gracia del matrimonio espiritual, recibida en noviembre de 1572, por la experiencia de la inhabitación trinitaria, de la comunión total con Cristo esposo, destinada, eso sí, al servicio de la Iglesia, meta ideal de la santidad cristiana. Todo ello se refleja en su vigorosa unidad de vida vivida y enseñada por la Santa; en un gran amor por la Iglesia demostrado concretamente en la promoción de la santidad de vida y en el servicio a la vida contemplativa para la renovación de la Iglesia.

Sería conveniente que yo os recordara ahora lo que he dicho en otras ocasiones: “Es necesario cuidar el sujeto cristiano y no vale pensar que hay cristianos de dos tipos: unos que se contenten con *hacer lo mínimo* y otros llamados a la plenitud de la vida cristiana. Me refiero a todos los cristianos, incluidos el Obispo, los presbíteros, diáconos, consagrados y fieles laicos. Ciertamente nos falta a todos vivir con más intensidad la vida *según el Espíritu*. Somos mediocres, si no damos prioridad a la oración personal y comunitaria, en definitiva a la primacía de la gracia. Nos influye todavía demasiado un pelagianismo moderno, que cree hacerlo todo sin Cristo y sin oración, y un activismo que nos agota”.

Santa Teresa vivió las dificultades de su tiempo sin ceder a la tentación del lamento amargo, sino más bien aceptándolas en la fe como una oportunidad para dar un paso más en el camino. Y es que, “para hacer Dios grandes mercedes a quien de veras le sirve, siempre es tiempo” (*Fundaciones*, 4,6). Como insiste el Papa, “hoy Teresa nos dice: Reza más para comprender bien lo que pasa a tu alrededor y así actuar mejor. La oración vence el pesimismo y genera buenas iniciativas (cf. *Moradas*, 4,6) (...) Recorramos los caminos de la vida de la mano de santa Teresa. Sus huellas nos conducen siempre a Jesús”. Que así sea.